



La pesca

Poema

Gaspar Núñez de Arce

- I -

¡Cuántas veces sentado en tu ribera,

¡oh mar! como si oyera

la abrumadora voz de lo infinito,

ha despertado en la conciencia mía

honda melancolía,

tu atronador, tu interminable grito!

- II -

Todo enmudece y cae en el misterio:

el poderoso imperio

que la tierra asoló con sus batallas;

hasta los dioses que de polo á polo

temidos son; tú sólo

sientes rodar los siglos, y no callas.

- III -

No callas, y hasta el alto firmamento

sube tu ronco acento,

y cuando revolviéndote en ti mismo

ruges furioso, en tus entrañas late

el horror del combate

que empeña el huracán con el abismo.

- IV -

Sólo alcanza poder tan soberano,

el pensamiento humano

como tú grande, como tú profundo,

que alzando sin cesar su voz de trueno,

forja en su ardiente seno

las glorias y catástrofes del mundo.

- V -

¡Ay si decir pudieras cuanto sabes!...

¿Qué hiciste de las naves

con que surcó tu inmensidad, la aciaga

y trágica ambición¿Adónde han ido?

Como el mortal olvido

tu oscuro fondo hasta el recuerdo traga.

-7

- VI -

Todo perece en ti sin dejar huella:

el barco que se estrella

contra el peñón, la armada que devoras,

los continentes que iracundo invades,

las sordas tempestades

que avanzan en tus olas bramadoras.

- VII -

La tierra, en cuyo seno te reclinan,

mantiene en pie las ruinas

que las ciegas catástrofes dejaron.

Tú, con desdén soberbio, las rechazas:

por ti pueblos y razas

como sombras efímeras pasaron.

- VIII -

El furor de los tiempos, que venciste,

sólo tu voz resiste:

tu acento fue, como clamor de guerra,

el que la humanidad oyó primero,

¡ay! y será el postrero

que en su agonía escuchará la tierra.

-8

- IX -

Pero más, mucho más que cuando inmolas

y abismas en tus olas

la insolencia del fuerte á quien humillas,

mi espíritu conturbas y enajenas

con las tristes escenas

que esparcen el terror en tus orillas.

- X -

No lejos de un peñón agrio y salvaje

que con recio oleaje

el cantábrico mar bate y socava,

al través de los árboles blanquea

casi ignorada aldea,

sobre la costa inabordable y brava.

- XI -

Mirando al mar, de frente al Océano,

que sacudiendo en vano

la roca estéril sin cesar se agita,

el horizonte corta y se alza enhiesta

sobre la calva cresta

del picacho granítico, una ermita.

-9

- XII -

¡Con qué placer la gente pescadora,

que al despuntar la aurora

por entre escollos á la mar se lanza,

del sol poniente al último vislumbre,

ve lucir en la cumbre

aquel faro de amor y de esperanza!

- XIII -

Cuando, salvo de innúmeros azares,

torna á los patrios lares

el marinero audaz ¡con qué alegría,

con qué ferviente fe, descalzo y roto,

corre á colgar su voto

en aquel pobre templo de María!

- XIV -

¡María! que del piélago y del alma

las tempestades calma;

que recoge en sus brazos y consuela

al náufrago del mar y de la vida.

Bálsamo á toda herida,

puerto á toda aflicción. Maris stella!

-10

- XV -

Desde el peñón desnudo y solitario

que el blanco santuario

con su apacible majestad abruma,

contempla por do quiera la mirada

la costa acantilada

donde se estrella con fragor la espuma.

- XVI -

Y al dilatarse por el mar, divisa

en la línea indecisa

do se juntan las nubes y las olas,

raudo vapor, que con la crin al viento,

acelera el momento

de arribar á las costas españolas.

- XVII -

Luego, á medida que la luz desmaya,

con rumbo hacia la playa

cuyos contornos borra la neblina,

se ven llegar las pescadoras naves,

como tímidas aves

que al nido vuelven, cuando el sol declina.

-11

- XVIII -

El faro, al descender la noche oscura,

en la empinada altura

de negro promontorio centellea,

y su destello intermitente oscila,

cual la roja pupila

de un Titán, que en las sombras parpadea.

- XIX -

Están, desde la cúspide del monte,

el mar y el horizonte

a la absorta mirada siempre abiertos,

y al otro lado, en la vertiente opuesta

de la escarpada cuesta,

reclinado el lugar entre sus huertos.

- XX -

Silvestres hayas y robustos pinos

de los cerros vecinos

orlan y ciñen la brumosa frente,

por cuyas quiebras rueda y se desata,

como líquida plata,

el sonoro raudal de alguna fuente.

-12

- XXI -

Y allí, donde de pronto se despliega

la pintoresca vega,

siguiendo los contornos desiguales

de la verde montaña, resguardado

por el peñón tajado

de recios y furiosos vendavales;

- XXII -

bajo el amparo de la Iglesia santa,

sobre la cual levanta

sencilla cruz sus brazos redentores,

sin que la sed de la ambición le aflija,

humilde se cobija

aquel pueblo de honrados pescadores.

- XXIII -

Por entre los repliegues de una loma,

rústico albergue asoma

al margen de un arroyo cristalino,

cuyo limpio caudal, abriendo calle

por el fondo del valle,

mueve después las piedras de un molino.

-13

- XXIV -

Fresca arboleda en sus orillas crece,

y cuando el viento mece

con leve impulso sus tupidas frondas,

parece, reflejándose en el río,

que el ramaje sombrío

en el espacio tiembla y en las ondas.

- XXV -

junto al arroyo que lamiendo pasa

las tapias de la casa,

un joven pescador de piel curtida

por el viento del mar, áspero y rudo,

iba nudo por nudo

recorriendo su red, al sol tendida,

- XXVI -

para coger los puntos de la malla,

que en su postrer batalla

rompió, saltando el pez, vencido y preso

en la jornada del pasado día,

cuando la red crujía

de la copiosa pesca bajo el peso.

-14

- XXVII -

Agraciada mujer, viva y morena,

en la ingrata faena

le acompañaba, y con secreto gozo,

a menudo, ligera como el rayo,

mirándole al soslayo

orgullosa pensaba: -¡Es un buen mozo!

- XXVIII -

y él, al fijarse, de impaciencia lleno,

en el redondo seno

que el ceñido jubón reprime y tapa,

suspendiendo de pronto su trabajo,

decía por lo bajo

con aire vencedor: -¡ Es que eres guapa!

- XXIX -

Entonces, dibujándose indecisa

en sus labios la risa,

contemplábase, muda de embeleso,

la dichosa pareja enamorada,

y era aquella mirada

una promesa, una caricia, un beso.

-15

- XXX -

Los dos nacieron para amarse. Es Rosa,

como su nombre, hermosa:

arde en sus ojos del placer la llama.

Su fresca boca, que al halago brinda,

es dulce cual la guinda

que el pájaro voraz pica en la rama.

- XXXI -

No tiene la blancura de la nieve,

que se deshace en breve:

negros sus ojos son, negro el cabello.

Competir en su rostro parecía

la noche con el día;

pero ¿acaso el crepúsculo no es bello?

- XXXII -

Cayó en las redes de su amor cautivo

Miguel, el más activo

y arriesgado patrón de aquella playa,

que ágil en el timón, fuerte en el remo,

en el peligro extremo

ni tiembla, ni se aturde, ni desmaya.

-16

- XXXIII -

Adiestrado en el ímprobo ejercicio

de su penoso oficio,

por la abierta camisa muestra el pecho

de fuerte y musculosa contextura,

no a la molicie impura,

sino a las fieras tempestades hecho.

- XXXIV -

Bajo su tosca y natural corteza

oculta la nobleza

de un corazón resuelto, pero sano.

Tan sólo Rosa conquistó la palma

de someter un alma,

que no logró domar el Océano.

- XXXV -

Santificó su paz y su ventura

la bendición del cura.

Tres meses hace que al sagrado lazo

la ya vencida voluntad rindieron,

tres meses, que se dieron

el primer beso y el primer abrazo.

-17

- XXXVI -

Nunca vio la cantábrica montaña,

honor y prez de España,

dos almas en sus gustos más unidas,

ni con tan casto ardor el himeneo

en un mismo deseo fundió

dos corazones y dos vidas.

- XXXVII -

En su hogar deslizábanse veloces

las horas y los goces.

Ignoraba los usos cortesanos

su amor tan inocente como vivo:

pero el beso furtivo,

la franca lisa, el apretón de manos,

- XXXVIII -

el íntimo y verboso cuchicheo,

semejante al gorjeo

de alegres aves, el falaz desvío

de que mimada joven alardea,

sólo el tiempo que emplea

en decir su amador: -Dulce bien mío!

-18

- XXXIX -

la voz, el gesto, la expresión, el modo de

contemplarse, todo

trastornaba sus almas, pues ¿qué idioma

por inculto que sea y por grosero,

para el amor sincero

no es tierno como arrullo de paloma?

- XL -

Juntos en deleitable compañía

trabajan a porfía

repasando la red, y tan molesta

como pesada operación sazona

la burla retozona,

la aguda chanza o la atrevida fiesta.

- XLI -

Reconcentrados en su amor profundo

¿qué les importa el mundo?

Los sueños de ambición dan al olvido.

A su cariño sin temor se entregan

y juegan como juegan

los pájaros incautos en su nido.

-19

- XLII -

No lejos, en el término de un prado

donde manso ganado

con la hierba otoñal su gula aplaca,

la madre de Miguel, limpia y risueña,

tranquilamente ordeña

las llenas ubres de fecunda vaca.

- XLIII -

Con frecuencia, a hurtadillas, clava en ellos

tan jóvenes, tan bellos

y tan rendidos a su mutuo encanto,

los dulces ojos, que la edad apaga,

y por sus labios vaga

leve sonrisa, tierna como el llanto.

- XLIV -

¡Con qué inefable paz la pobre vieja,

a quien tan sólo deja

vanas memorias la cansada vida,

con qué intenso y profundo regocijo

siente y ve en aquel hijo

reverdecer su juventud perdida!

-20

- XLV -

Él la hace recordar tiempos mejores,

con sus castos amores,

sus ansias, sus placeres y congojas.

Es como tronco roto, que aún resiste,

y el mes de mayo viste

de nuevas ramas y de nuevas hojas.

- XLVI -

Fijose en ella embebecido el mozo,

y desbordando el gozo

que en sus plácidos ojos centellea,

dijo, llamando la atención de Rosa:

-Mírala qué hacendosa

y entretenida está. ¡Bendita, sea!-

- XLVII -

-¿Qué puede apetecer; Nos ve felices!

Rosa exclamó: -Bien dices-,

respondiola Miguel: -¡Quieran los cielos

para colmar la dicha de esa anciana,

concederle mañana

inocentes y hermosos netezuelos!-

-21

- XLVIII -

La joven, con el seno palpitante,

mostrando en su semblante

el vívido color de la amapola,

al cuello se colgó de su marido,

y murmuró a su oído

una tímida frase ¡una tan sola!

- XLVIX -

Mas de poder tan penetrante y hondo,

que removi6 hasta el fondo

el alma de Miguel, como la ardiente

lumbre del sol que las campiñas dora,

hace, germinadora,

estallar en el surco la simiente.

- L -

-¡Madre! ¡madre! -gritó falto de aliento;

y pronta al llamamiento

con creciente ansiedad la anciana vino.

-¿Qué es esto-preguntó sobresaltada.

-¿Qué es esto¡Pues es nada!-

contéstole Miguel fuera de tino.

-22

- LI -

-¡Qué avanza mi ventura a toda vela!

¡Qué vas a ser abuela!

¡Qué mis sueños de amor alcanzo y toco!-

Y hablaba cada vez menos tranquilo,

levantándola en vilo

locuaz y descompuesto como un loco.

- LII -

Por fin la anciana desasirse pudo

del apretado nudo,

y no vuelta del pasmo todavía,

haciendo a Rosa malicioso guiño,

con maternal cariño,

-¡Ah bobo! -prorrumpió- ¡si lo sabía!

- LIII -

Y no cabiendo el júbilo en su pecho,

en íntimo, en estrecho,

en entrañable abrazo confundidos,

mezclaron sus sencillos corazones,

anhelos, ilusiones,

lágrimas, esperanzas y latidos.

-23

- LIV -

Como de la fortuna en el marco,

se anticipa el deseo

con sus alas de rosa al bien distante,

Miguel dijo soñando: -Si no muda

el tiempo, y Dios me ayuda,

la pesca del atún será abundante.

- LV -

Se la consagro al niño, y con su importe,

a Castro... ¡no! a la corte

iré enseguida, y si en las tiendas hallo

cosa de gusto, volcaré el bolsillo,

y le traeré un hatillo

de príncipe... ¡y un sable!... ¡y un caballo!-

- LVI -

Y añadió enternecido, sonriendo:

-¡Si casi le estoy viendo

con su carita colorada y fresca,

y sus gracias alegres y sencillas,

sentarse en mis rodillas

rara escuchar los lances de la pesca!

-24

- LVII -

¡Verás cómo retoza por la playa

cuando a buscarme vaya!

Y cuando se acostumbre, al lado mío,

al olor del carbón y de la brea,

¡verás cómo gatea

por los palos y jarcias de un navío!

- LVIII -

Será -siguió diciendo satisfecho-,

un mozo de provecho

más resistente y firme que una entena.

Iremos juntos, y se hará a mis mañas.

-¡Hijo de mis entrañas!-

Rosa le interrumpió con susto y pena.

- LIX -

¡Él, expuesto al peligro de los mares!...

¿No bastan los pesares

que me afligen por ti; Vaya un empeño!

No lograrás vencerme, te lo digo,

harto sufro contigo

sin que nueva inquietud me robe el sueño.-

- LX -

-¡Bravo! -exclamó Miguel: ¡ Famosa ideal

Pues ¿qué quieres que sea?-

Y mirándole Rosa con ternura,

-¡Cura! -le respondió- ¡Cómo! -repuso

el pescador confuso,

-¡y un mozo tan cabal ha de ser cura!-

- LXI -

-¡Sí, sí! Para que ruegue noche y día

a la Virgen María-,

respondió con tiernísimo arrebató,

-por cuantos mueren en la mar traidora,

por la infeliz que llora

su mísera viudez... y por tí ¡ingrato!

- LXII -

-Pues no me harás cejar. -Ni a mí tampoco,

-Vayamos poco a poco-

dijo, cortando la incipiente riña

la madre de Miguel. -Pues yo no paso

por que apuréis el caso

sin contar con el huésped. ¿Y si es niña?-

-26

- LXIII -

Quedose el pescador mudo y perplejo:

arrugó el entrecejo

contrariado tal vez; pero de pronto,

á compás de ruidosa carcajada

prorrumpió: -¡Nada, nada,

madre tiene razón! ¡Es que soy tonto!...

- LXIV -

-Si es niña, ya sabéis, no la recibo,

aun cuando sea el vivo

retrato de mi adusta morenita-

Y con franca efusión abrazó a Rosa,

que entre esquivada y gozosa

dijo, evitando sus cariños: ¡Quita!

- LXV -

¿Quién ve tanta ventura indiferente?

¡Santa y perenne fuente

del amor paternal, que en nuestro anhelo

en misteriosas ondas repartida,

para endulzar la vida

y templar nuestra sed, bajas del cielo!

-27

- LXVI -

¡Sentimiento purísimo del alma,

que turbas nuestra calma,

y con ritmo jamás interrumpido

despiertas los estímulos que duermen,

haces vibrar el germen,

subir la savia y palpitar el nido!

- LXVII -

A tu voz la inmortal naturaleza

suspende la fiereza

del oso huraño y del león hirsuto,

y tu fuego vivaz que do quier arde,

ímpetu da al cobarde,

vigor al débil y razón al bruto.

- LXVIII -

Todo, sujeto a inexorable norma,

se muda, se trasforma,

y en este inmenso impenetrable abismo

que la infinita variedad encierra,

tan sólo tú, en la tierra,

en el cielo y el mar, eres el mismo.

-28

- LXIX -

Pero ¡oh suerte importuna! En el momento

de su mayor contento,

asomando al través de los maizales

que encubren la vereda del molino,

un marinero vino

a turbar sus ensueños paternos.

- LXX -

Era Roberto, amigo y camarada

de Miguel. Alma honrada

que a su pesar apasionado culto

consagra a Rosa; amor inofensivo.

pero punzante y vivo,

en lo más hondo de su pecho oculto.

- LXXI -

-¿Ya vienes a buscarmeEs muy temprano.-

Con tono afable y llano

dijo al verle Miguel. -Bien se conoce

que tienes -contestó- la paz en casa,

y que el reló se atrasa

para quien vive a gusto. ¡Son las doce!

-29

- LXXII -

¿A qué esperamos, puesEl tiempo es bueno,

el cielo está sereno

y el mar tranquilo y manso. Con que puedes

calcular el aguante de tu malla,

pues hoy, o todo falla,

van con la pesca a reventar las redes.

- LXXIII -

¡No es lícito a los pobres el regalo!...

El año ha sido malo...-

-Cierto -Miguel repuso-, y necesito

no perder la ocasión, porque mi esposa...-

Iba a hablar; pero Rosa

dijo, abrazando al imprudente: -¡Chito!-

- LXXIV -

-Si mi franqueza tu disgusto labra,

no diré una palabra,

contestole Miguel. Mientras Roberto

rendido al golpe de su ardiente pena,

contemplaba la escena,

lívido y silencioso como un muerto.

-30

- LXXV -

Quien en lo oscuro de su pecho esconda

la herida viva y honda

que sangra sin cesar, de un desdichado

amor, y tenga para más tortura,

el sueño de ventura

que nunca logrará, siempre a su lado;

- LXXVI -

quien de los celos pertinaces sienta

la mordedura hambrienta,

y finja, indiferente o satisfecho,

ver su imposible bien en otros brazos,

mientras quiere a pedazos

el corazón saltársele del pecho;

- LXXVII -

quien amando en silencio hasta el delirio

no tenga en su martirio

ni aun el triste consuelo de la queja,

podrá tan sólo comprender el fiero

pesar del marinero,

ante el placer de la gentil pareja.

- LXXVIII -

Miguel de pronto profirió: -¡Al avío!

con desenvuelto brío

la fuerte red plegando. Diligente,

y según su costumbre cariñosa,

iba a ayudarle Rosa

cuando él le dijo amedrentado: -¡ Tente!

- LXXIX -

¡Por Dios! ¿Qué vas a hacerPues bueno fuera

que un esfuerzo cualquiera...

¡No me des qué sentir! Y a más, te aviso,

que hoy la felicidad me presta aliento.

¡Hasta capaz me siento

de cargar con la barca, si es preciso!-

- LXXX -

Entre risas, y plácemes y fiestas

Miguel echose a cuestas

la recogida red, diciendo: -¡Vaya!

Nada hacemos aquí. -Y él y Roberto,

en íntimo concierto

tomaron el sendero de la playa.

-32

- LXXXI -

Marchaba el ágil mozo con presteza,

volviendo la cabeza

a cada instante hacia su linar cercano,

desde donde en señal de despedida,

la joven conmovida

le mandaba sus besos con la mano.

- LXXXII -

Y hasta que casi al fin de la jornada,

su prenda idolatrada

se internó en las revueltas del camino,

no apartó, con dulcísima porfía,

del rumbo que él seguía,

ni el corazón ni el rostro peregrino,

- LXXXIII -

viendo, no sin nublársela el semblante,

cada vez más distante

al dueño de su vida y de su casa;

que la ausencia en amor, aun la más breve.

cual nubecilla leve,

oscurece los cielos mientras pasa.

-33

- LXXXIV -

-¡Ah! ¿cómo no quererle si es tan bueno!...-

dijo, oprimiendo el seno

maternal, con tan blando y dulce nudo,

que, de la dicha de su hogar ufana,

la enternecida anciana

contener una lágrima no pudo.

- LXXXV -

En tanto, los alegres marineros

perdiéronse ligeros

tras un peñón que hacia la senda avanza,

y al fin de cuya estrecha cortadura

la indómita llanura

del vasto mar a descubrir se alcanza.

- LXXXVI -

Desde allí se divisan de repente,

su grandeza imponente,

su augusta calma o su furor sublime,

y con su regia majestad a solas,

óyese de sus olas

la voz tonante que amenaza o gime.

-34

- LXXXVII -

En coloquio jovial entretenidos

van, de la mano asidos,

hacia donde a merced de la marea

que su ancha curva en las arenas raya,

cual reina de la playa

la barca de Miguel se balancea.

- LXXXVIII -

¡Qué es verla, al separarse de la orilla,

con atrevida quilla

surcar graciosa el líquido elemento,

y mar afuera, inquieta y juguetona,

tender la blanca lona

a las caricias pérfidas del viento!

- LXXXIX -

¡Qué es ver cómo al peligro se aventura,

cuando la sombra oscura

se precipita sobre el mar de Atlante!

Y cuando viento duro el golfo riza,

¡qué es ver cuál se desliza

por la espalda ondulosa del gigante!

-35

- XC -

Nunca el riesgo imprevisto la acobarda,

y hiende tan gallarda

la inmensidad del piélago bravío,

que no deja tras sí, rápida y suave,

ni aun la huella que un ave,

rozando con el ala, abre en el río.

- XCI -

El noble pecho de Miguel se ensancha

ante la airosa lancha

que su fortuna y su ambición encierra,

y le presta solícito el cuidado

con que el bravo soldado

mima y atiende a su corcel de guerra.

- XCII -

Un mancebo, que estaba de atalaya,

gritó a los de la playa:

-¡El patrón!- Y animosa la cuadrilla

a la dura jornada se dispuso.

Sólo absorto y confuso

un pescador permaneció en la orilla,

-36

- XCIII -

Sentado en un montón de húmeda arena,

extraño a la faena

ocultaba su rostro entre las manos,

mostrando sólo en su actitud doliente

la ancha y curtida frente

orlada a trechos de cabellos canos.

- XCIV -

Cual no maduro fruto, que la helada

malogra, su hija amada

cayó marchita al soplo de la muerte,

y se le sale, sin sentir, del pecho

el corazón deshecho,

en las acerbas lágrimas que vierte.

- XCV -

Quien ha sufrido la mortal congoja

que, sin piedad, deshoja

como agostada flor nuestra ventura

en ese instante de terrible prueba,

en que voraz se lleva

parte de nuestro ser, la sepultura:

- XCVI -

cuando con lenta gradación se apaga

la luz dudosa y vaga

que colora la faz del moribundo,

¡ay! y a medida que en sus ojos crece

la sombra, nos parece

que va cayendo en lobreguez el mundo;

- XCVII -

cuando vencidos en estéril lucha,

nuestra impotencia escucha

el tremendo estertor de la agonía,

y con angustia alborotada y loca

posamos nuestra boca

sobre otra boca descompuesta y fría,

- XCVIII -

casi cerrada en su letal reposo

al ritmo fatigoso

que el pecho cadavérico le presta,

y que ya de la muerte bajo el peso,

ni al anhelante beso,

ni al tierno abrazo. ni a la voz contesta;

-38

- XCIX -

cuando aun tibios los míseros despojos,

vemos con turbios ojos

toda nuestra ilusión desvanecida,

y en medio del pesar que nos destroza,

sentimos cuál se goza

traidor recuerdo en enconar la herida;

- C -

cuando envuelto en su fúnebre mortaja,

negra y medrosa caja

el bien amado para siempre encierra,

y siente el corazón despavorido

el ruido, el sordo ruido

que hace al cubrir el féretro la tierra:

- CI -

¡ay! quien tenga grabada en su memoria

esa trágica historia,

sin cesar repetida y siempre nueva,

verá, evocando su dolor pasado,

el dardo envenenado

que el triste padre en sus entrañas lleva.

-39

- CII -

Al verle presa de aflicción tan viva,

con frase compasiva

le interrogó Miguel franco y abierto.

Alzó el viejo la faz desencajada,

y con voz desmayada,

-¿No sabes-sollozó- ¡mi Juana ha muerto!-

- CIII -

El sentimiento concentrado es mudo,

mientras un choque rudo

no sacude el marasmo que le embota,

porque entonces el ansia comprimida,

como por ancha herida

la hirviente sangre, atropellada brota.

- CIV -

Y cuando el corazón rompe su valla,

en el dolor que estalla

se mezclan y amalgaman con espanto,

como fundidos por el mismo fuego,

la imprecación y el ruego,

y el gemido, y la cólera, y el llanto.

-40

- CV -

Tal la voz de Miguel, blanda y serena,

exasperó la pena

que al tosco anciano le apretaba el cuello,

y exaltándose al cabo poco a poco,

con la rabia de un loco

maldiciendo y mesándose el cabello,

- CVI -

-¡ay!- de pronto exclamó con ceño adusto:-

¡Mentira! Dios no es justo

cuando se goza en aumentar mi cuita.

Tienen en buena paz muchos bribones

tierras, barcos, millones...

¡yo, una pobre muchacha... y me la quita!

- CVII -

¿Qué mal hacía la infeliz doncella?

¿Cómo vivir sin ella?...-

Y se apagó la voz en su garganta.

-Mas sin justicia ni razón me quejo-,

gimió el honrado viejo:

-¡No nació para el mundo! ¡Era una santa!-

-41

- CVIII -

Miguel, tendiendo al afligido anciano

la encallecida mano,

-vuelve a casa- le dijo- y llora y reza

junto a la amada prenda que perdiste.

-¡No!- contestole el triste

moviendo gravemente la cabeza.

- CIX -

-Aunque me falta el sol de la alegría,

conservo todavía,

gracias a Dios, mi voluntad de hierro.

¿Por qué te he de mentir, si eres mi amigo?

Saldré a la mar contigo.

¡Necesito el jornal para su entierro!

- CX -

Quiero comprarle, si tenemos suerte,

las galas de la muerte:

una cruz, un sudario y una palma.

Guardó breve silencio el desdichado

y luego desolado

clamó con bronco acento. -¡Hija del alma!-

-42

- CXI -

Su misma voz, que reprimir no pudo,

como puñal agudo

clavósele en el pecho, y tan activa

creció en su corazón la angustia fiera,

cual la insaciable hoguera,

que cuanto más devora, más se aviva.

- CXII -

Enternecido ante infortunio tanto,

y conteniendo el llanto

Miguel le respondió: -Tu pobre Juana

tendrá lo que tu anhelo solicita:

la humilde cruz bendita,

la palma virgen y el sayal de lana.

- CXIII -

Pero vuelve a tu hogar, porque no quiero

que un bravo compañero

a su propio tormento contribuya.

No serás, si te niegas, buen amigo,

y atiende a lo que digo:

hoy pesco para ti. ¡Mi parte es tuya!-

-43

- CXIV -

Cayó, cual dulce bálsamo, la oferta

sobre la herida abierta

del triste anciano, y mitigó su duelo

llanto reparador, tranquilo y suave.

Siempre para quien sabe

sentir, la gratitud es un consuelo.

- CXV -

- ¡Que Dios te colme de mercedes, hijo!-

con blando acento dijo,

las lágrimas secando en su mejilla.

Miguel para ocultar su sentimiento,

ligero como el viento

a la barca saltó desde la orilla.

- CXVI -

Toda su gente al tráfago dispuesta,

con ansia manifiesta

esperaba no más la voz de mando.

Diola el patrón; y con vigor supremo,

el resistente remo

en las arenas de la playa hincando,

-44

- CXVII -

puso a flote la lancha embarrancada,

que lenta y sosegada

siguió después por la canal angosta,

única vía, franca y descubierta,

entre la barra incierta

y las tajadas peñas de la costa.

- CXVIII -

La roca, a modo de ciclópeo muro,

inabordable, oscuro,

desde la playa misma se adelanta,

hasta la punta del siniestro Cabo

do el mar potente y bravo

con sorda intermitencia se quebranta.

- CXIX -

Varias cruces sencillas de madera,

en pavorosa hilera

resaltan del peñón de trecho en trecho,

señalando en el áspero arrecife,

el sitio en que un esquiife

quedó, a los golpes de la mar, deshecho.

-45

- CXX -

Recuerda cada cruz alguna escena

de horror y espanto llena.

Más de un pobre marino halló su fosa,

entre el medroso y formidable estruendo

de la borrasca, oyendo

penetrantes ayes de su esposa.

- CXXI -

Donde la punta del peñón termina,

por mísera y mezquina

pudiérase decir que el mar desdeña,

aunque a veces su presa lo disputa,

una abrigada gruta

labrada por las olas en la peña.

- CXXII -

Gratas para las lanchas pescadoras

las apacibles horas

trascurren sin sentir. Con los reflejos

de la luz que en las aguas reverbera,

el mar, como si fuera

de inflamado metal, brilla a lo lejos,

-46

- CXXIII -

Miguel desde la popa de su barca,

con la mirada abarca

el golfo en que indolente se aventura.

Está a sus pies sumiso y reposado

como león cansado,

y la atmósfera azul, diáfana y pura.

- CXXIV -

Lánguida brisa, replegando el ala,

mansamente resbala

sin conmover el piélago sereno,

semejante al aliento tibio y leve,

que apenas alza y mueve

de una virgen dormida el casto seno.

- CXXV -

El barco, al apartarse de la playa,

rápidamente raya

las claras ondas con su blanca estela,

y al avanzar con suave balanceo,

parece que el deseo

va impaciente sirviéndole de vela.

-47

- CXXVI -

Del tiempo, más que del trabajo, avara,

la gente se prepara,

el remo suelta, y su esperanza funda

en la corriente azul del Océano,

como el dolor humano,

amarga, sí, pero también fecunda.

- CXXVII -

Tres veces por el ámbito marino

con provechoso tino

tiende la fuerte red, y las tres veces

al recogerla, abrigó su trama,

la refulgente escama

que en vívido montón lucen los peces.

- CXXVIII -

-¡Te lo anuncié, Miguel! Ya ves si acierto.-

Dice alegre Roberto,

mientras que sujetando por la agalla

con diligente mano desenreda,

al pez, que preso queda

en los hilos nudosos de la malla.

-48

- CXXIX -

Y con aire triunfal alzando a pulso

un sollo, que convulso

entre sus férreos dedos se torcía,

regocijado exclama: -¡Brava presa!

No se pone en la mesa

del rey, cosa mejor. ¡Este es gran día!-

- CXXX -

El sol empieza a declinar. La gente

a medida que siente

su ganancia crecer, redobla el celo,

y sin cejar un punto en su tarea,

quién en la red se emplea,

quién, sentado en la borda, echa un anzuelo,

- CXXXI -

quién al enorme pez, que agonizante,

colea, en un instante

con implacable actividad remata;

y de la pesca el acre olor parece

que alienta y fortalece

al marinero en su existencia ingrata.

-49

- CXXXII -

A poco, tenue y vaporoso velo

fue enturbiando del cielo

la limpia claridad. Oscura nube

desde el confín remoto se avecina,

sorbiendo la neblina

que de las ondas impalpable sube.

- CXXXIII -

A medida que llega va aumentando:

el mar plácido y blando

por momentos se encrespa y alborota.

Estremécese el viento, antes dormido,

y hacia el agreste nido

tiende el medroso vuelo la gaviota.

- CXXXIV -

De improviso una racha fugitiva

del oleaje aviva

el ímpetu naciente. Las espesas

nubes marchan en giro apresurado,

y al fin rompe el nublado

en gota, tan escasas como gruesas.

-50

- CXXXV -

¡Hum! -exclama frunciendo el entrecejo

un pescador ya viejo.

-¡El tiempo muda, la borrasca avanza!-

Y otro añade después: -Se agió la fiesta!

¡Ah, cobardes! -contesta

Miguel en tono de amistosa chanza:

- CXXXVI -

-¿Os asusta una nube de verano?-

-¡Sí! -responde el anciano.

¡La galerna está encima! -No discuto-

le interrumpe el patrón. -Mas Juana ha muerto,

y yo no vuelvo al puerto

si no llevo a su padre para el luto.-

- CXXXVII -

Y la pesca siguió con mayor brío,

sin que del mar bravío

la sorda turbación los contuviera.

Pues ¿quién fuerza al lebrél cuando en la pista

la ansiada res avista,

a pararse en mitad de su carrera?

-51

- CXXXVIII -

Mas de golpe la lluvia se desata

cual rauda catarata;

el huracán sus ráfagas sacude

como un corcel la crin; al llamamiento

del alterado viento,

la ola, bramando de furor, acude.

- CXXXIX -

Y se empeña otra vez con recio embate,

el eterno combate

que presencian los siglos confundidos,

en que después de trágicos horrores,

los fieros gladiadores

ceden cansados, pero no vencidos.

- CXL -

Quédase muda de estupor la gente.

Negra, inmensa, rugiente

rueda la tempestad: con ciego empuje

cual fogoso bridón que se desboca,

la ola adelanta, choca

contra la barca, se revuelve y ruge.

-52

- CXLI -

¡Hola! -grita Miguel- ¡Cortad la cuerda,

aunque la red se pierda!

Aun habrá tiempo de llegar al faro.

¡Ánimo, chicos! y forzad los remos,

que pronto arribaremos.

¡La santa Virgen nos dará su amparo!

- CXLII -

El endeble timón Miguel aferra

y a la cercana tierra

dirige el rumbo como buen marino,

mientras la gente, ante el peligro absorta,

con ágil remo corta

la indócil ola, abriéndose camino.

- CXLIII -

Estimulado por la voz del trueno,

el mar su turbio sello

con resonante convulsión agita;

cual irritada fiera el lomo enarca

y hacia la frágil barca

sus gigantescas olas precipita.

-53

- CXLIV -

A merced de la mar arrolladora,

la lancha pescadora

los golpes sufre, pero no desmaya.

Y los vecinos del lugar, en tanto,

vuelan llenos de espanto,

en confuso tropel hacia la playa.

- CXLV -

Mozos, ancianos, niños y mujeres,

imploran por los seres

que amenaza el furor del mar sombrío,

y ardientes quejas, alteradas voces

revueltas y veloces,

pueblan el aire en ronco griterío.

- CXLVI -

Luego el tropel desordenado y vario

invade el santuario

que la escarpada cúspide corona,

donde al pie del altar, una y cien veces

con dolorosas preces,

pide auxilio a su célica Patrona.

-54

- CXLVII -

Joven esposa sus cabellos mesa,

otra, en silencio besa

desesperada a un párvulo inocente,

un débil niño en su pueril despecho,

golpeándose el pecho,

en el polvo del templo hunde su frente

- CXLVIII -

otro ofrece a la Virgen con devoto

fervor, sencillo voto;

y del concurso general, movido

por el temor, la angustia y el deseo,

el alto clamoreo,

¡ay! más que una oración, es un gemido.

- CXLIX -

En el lugar más arduo de la costa,

hacia la boca angosta

del canal, siempre al marinero aciaga,

bulle otra multitud, dando a los vientos,

sus ayes y lamentos,

que el recio son del temporal apaga.

- CL -

Pintándose en su faz el extravío,

por medio del gentío,

la madre de Miguel, como una sombra,

se mueve, sin cesar. Corre, pregunta,

reza, las manos junta,

y al hijo amado, inconsolable nombra.

- CLI -

Rosa trémula y muda la acompaña;

copioso llanto baña

sus claros ojos que oscurece el duelo.

Tiene el lívido rostro de una muerta,

y la razón cubierta

de tormentosas nubes como el cielo.

- CLII -

Todos enternecidos la abren paso.

¿Conocerán acaso

la noticia fatalLa incertidumbre

de Rosa, surge a tan horrible idea,

y con terror pasea

su vista por la absorta muchedumbre.

- CLIII -

Aquel silencio lúgubre la mata.

Frenética, insensata

a una amiga se acerca: -¿Dónde, dónde

está Miguel; Ten lástima! -solloza.

La sorprendida moza

mírala estupefacta, y no responde.

- CLIV -

-¡Ha muerto! -añade acongojada- ¡Ha muerto!-

Pero un marino experto

en los trances del mar, compadecido

de la atroz inquietud que la enajena,

para templar su pena

dícele con amor: -¡Cobra el sentido!

- CLV -

¿A qué viene apurarse de esa suerte?

¿Qué sacas con ponerte

en el último extremo Cuando tarda

la barca en presentarse, conjeturo

que ya en lugar seguro,

tan sólo el fin del temporal aguarda.

-57

- CLVI -

¡Ea! Enjuga tus lágrimas: no llores,

porque riesgos mayores

ha vencido Miguel, que es tan resuelto.-

-Mas ¿le viste volver-pregunta Rosa

turbada y anhelosa,

y le contesta el pescador: -No ha vuelto.-

- CLVII -

Entonces trepa a la escarpada cima,

al borde se aproxima

del saliente peñón, como una idiota,

y expuesta a peligroso paroxismo,

avanza hacia el abismo

la descompuesta faz, que el viento azota.

- CLVIII -

En medio del pesar que la anonada,

la atónita mirada

hunde en la inmensidad, y es su porfía

tan profunda y tenaz, que si pudiera,

la mar rebelde y fiera

con sus ávidos ojos sorbería.

-58

- CLIX -

¡Ay! ¡si lograrse traspasar la bruma!...

¡Si entre la blanca espuma

viese al mortal por quien suspira y ruega!...

Cuando divisa un barco en lontananza,

renace su esperanza

y clama, llena de ansiedad: -¡Ya llega!-

- CLX -

¡Estéril impaciencia! ¡Vano empeño!

¿En dónde está su dueño

que no acude a su voz¿Por qué no viene?

Su amante madre la acaricia y calma.

¡Compadeced al alma

que da consuelos ¡ay! ¡y no los tiene!

- CLXI -

Allá en la playa un grupo generoso,

sin tregua ni reposo

anuda cuerdas y apareja un bote,

sometido al mandato soberano

de respetado anciano,

mezcla de marinero y sacerdote.

-59

- CLXII -

Viril arrojo en sus pupilas arde

sin ostentoso alarde,

y aunque a los años la cerviz inclina,

presta vigor a su cabeza cana

la fortaleza humana,

templada al fuego de la fe divina.

- CLXIII -

Al cabo por la estrecha cortadura,

luchando a la ventura

con el viento y las olas, impelida

por la borrasca hacia el difícil paso,

en donde puede acaso

quedar a salvo o perecer hundida,

- CLXIV -

entre el fragor que por momentos crece,

intrépida aparece

la barca de Miguel; pero ¡en qué estado!

Cual gladiador que tras inútil prueba

huye vencido, lleva

cien heridas de muerte en su costado.

-60

- CLXV -

Resistiendo la cólera salvaje

del soberbio oleaje,

la gente fuerzas del peligro cobra;

y aunque la lancha, como leve pluma,

entre montes de espuma

parece a cada instante que zozobra,

- CLXVI -

cien veces con impávido heroísmo,

resurte del abismo

obediente a la mano que la guía.

Ninguna voz en su interior se escucha,

que el riesgo de la lucha

tiene una majestad muda y sombría.

- CLXVII -

¡Oh! ¡van a perecer! -¿Queréis seguirme?

Con voz entera y firme

pregunta el cura. -¡Á vuestro amor apelo!

Arrancaremos a la mar su presa

y si en tan santa empresa

morimos, ¿qué es morir¡Ganar el cielo!-

-62

- CLXVIII -

El religioso impulso que le mueve

su aliento dobla, leve

cual fornido mancebo, al bote salta.

El peligro conoce y no le esquiva:

pues ¿a quién, si arde viva

la fe en su pecho, el ánimo le falta?

- CLXIX -

Todos se aprestan a seguir su suerte,

que aquel combate a muerte

de generosa emulación los llena.

¡Oh humanidad, tan pronta al sacrificio,

podrá mancharte el vicio

y ofuscarte el error; pero eres buena!

- CLXX -

El bote listo ya, con seis remeros

hábiles y ligeros,

abrirse paso hacia el canal ensaya.

¡Vana ilusión! ¡La mar embravecida,

con fuerte sacudida

pedazos hecho le arrojó a la playa.

-62

- CLXXI -

-¡Señor! Tus altos juicios no escudriño

llorando como un niño,

gimió en su angustia el viejo venerable.

-Pero no hay tiempo que perder. ¡Subamos

hijos! Tal vez podamos

desde el mismo peñón echar un cable.-

- CLXXII -

Respondiendo a su voz, según costumbre,

a la empinada cumbre

el grupo asciende, y con empeño lanza

el recio cabo a la corriente ciega;

mas ¡ay! que nunca llega

al náufrago batel. ¡No hay esperanza!

- CLXXIII -

¡No hay esperanza! El cura consternado

increpa al mar airado.

Sin freno alguno que su empuje venza,

la tempestad incontrastable brama.

Y el noble anciano exclama:

-¡Hijos míos! ¡Yo acabo, y Dios comienza!-

-63

- CLXXIV -

¡No hay esperanza! Y la barquilla aun flota

desgovernada y rota.

Aun los pobres remeros, más audaces

cuanto más la borrasca se acrecienta,

lidian con la tormenta

desesperados, sí, pero tenaces.

- CLXXV -

¿Dónde tender la salvadora amarra?

¿Cómo cruzar la barra

que el paso cierra del canal estrecho,

si ya tiene la barca pescadora,

quebrantada la prora,

el casco hendido y el timón deshecho?

- CLXXVI -

El avariento mar la presa ansía.

¡Ya es suya! Todavía,

resistiendo en los frágiles despojos

del roto barco, en su ansiedad suprema,

la gente rema, rema,

rema, y nublan las lágrimas sus ojos.

-64

- CLXXVII -

¿Qué busca; Adónde va; Por qué se afana

Su resistencia es vana.

¡Ay! la esperanza al corazón se aferra

en los casos adversos e infelices,

aun más que las raíces

a las duras entrañas de la tierra.

- CLXXVIII -

-¡Juan, lárgame una estacha!- grita el bravo

Miguel-, y por un cabo

átala pronto y bien, que si consigo

con el otro nadar hasta la orilla,

podrá nuestra barquilla

en la gruta del faro hallar abrigo-.

- CLXXIX -

Dobló la frente oscurecida y grave.

¿En qué pensaba¿Cabe

dudarlo un puntoEn el edén perdido,

en su infeliz mujer, en el risueño

ángel, que vio en un sueño,

huérfano ¡ay triste! aun antes de nacido.

-65

- CLXXX -

-¡Eh!- contéstale Juan: -¡Ahí va la estacha!-

Miguel el hombro agacha

para esquivar el golpe; mas Roberto,

asiéndola en el aire de improviso,

prorrumpe: -No es preciso:

yo llegaré a la costa, vivo o muerto-.

- CLXXXI -

La pasión que alimenta su ternura,

y en él, como la pura

lámpara de un altar, arde escondida,

le inspiró, en su postrera llamarada,

ofrecer a su amada

no sólo el corazón, sino la vida.

- CLXXXII -

De su mojado traje se desnuda,

y a su cintura anuda

la retorcida cuerda. Intenta en vano

resistirse Miguel en son de queja,

y se obstina, y forceja,

y arráncarsela quiere de la mano.

-66

- CLXXXIII -

-¡Quita!- Roberto exclama: -¡Si en un credo

ganar la costa puedo!

¡Es inútil que chilles: no te escucho!

Esto sería asesinar a Rosa.-

Y con voz temblorosa

dice, saltando al mar: -¡Quiérela mucho!

- CLXXXIV -

Hacia el negro peñón el rumbo guía,

y sin temor confía

a sus robustos brazos su defensa.

Mas de repente, en turbio remolino,

a trastornarle vino

ola veloz, arrolladora, inmensa.

- CLXXXV -

Sobre su frente con estruendo estalla,

y en desigual batalla

le revuelca, le arrastra y le sofoca.

Desaparece el desdichado, juega

la onda con él, y ciega

le estrella al fin contra la enorme roca.

-67

- CLXXXVI -

Ante aquel espectáculo de muerte,

desencajada, inerte,

de pie sobre la mole de granito

que sacude la mar tempestuosa,

lanzó de pronto Rosa

un grito aterrador. ¡Qué horrible grito!

- CLXXXVII -

El ¡ay! desgarrador, como una espada,

de quien no espera nada;

¡ay! que del corazón en lo más hondo,

las heces amarguísimas remueve

del cáliz en que bebe

la humanidad, para el dolor sin fondo.

- CLXXXVIII -

Cual mies que cede al ímpetu del viento,

convulsa, sin aliento,

levantando sus manos, ya inactivas,

la humilde multitud se postra en tierra,

y con fervor que aterra

eleva a Dios sus preces aflictivas.

-68

- CLXXXIX -

¡Oh momento solemne! Austero y triste

la majestad reviste

de su augusta misión el sacro anciano,

y humedeciendo el llanto sus mejillas,

se dobla de rodillas

ante la inmensidad del Océano.

- CXC -

Su mano extiende trémula y cansada,

levanta la mirada

a la celeste bóveda, testigo

mudo de tanto horror, y con acento

parecido a un lamento:

¡Hijos! -grita- ¡Os absuelvo y os bendigo!-

- CXCI -

¿Qué vio después la multitud
Ver pudo

el cielo siempre mudo,

desierto el mar, la barca destruida,

y una hermosa mujer, rígida y yerta,

lo mismo que una muerta,

en el estéril peñascal tendida.

-69

- CXCII -

Un año ha trascurrido. La alta cumbre

con su postrera lumbre

baña fúlgido sol desde el ocaso,

y en hora tal de paz y de misterio,

al santo cementerio

una débil mujer dirige el paso.

- CXCIII -

¡Cuán sola está, cuán pobre, cuán cambiada!

Rosa fragante, ajada

en mitad de su alegre primavera,

bajo el vivaz recuerdo que la excita,

aquella flor marchita

ni sombra es ya de lo que entonces fuera!

- CXCIV -

Abraza y besa con febril cariño,

a un escuálido niño

nacido entre miserias y trabajos.

El hatillo de príncipe, que un día

soñó la fantasía

del infeliz Miguel, era de andrajos.

-70

- CXCIV -

Recrudeciendo el duelo que la enerva,

entre la fresca hierba

dos fosas busca, se prosterna y ora.

Y cobrando calor de un seno amante,

el desvalido infante

sus manecitas mueve, y también llora.

- CXCVI -

¡Ay! ¿Podrá ser que el leño de la selva

a engalanarse vuelva?

¿Renovará sus cánticos el ave

que dejó la borrasca, herida y muda?

¿La infortunada viuda

olvidará algún día¿Dios lo sabe!

- CXCVII -

Todo lo gasta y borra el tiempo ingrato:

el ardiente arrebató

del amor, la ilusión que se deshoja,

la fe que espira, el gozo y el tormento:

que el hondo pensamiento,

como el mar, sus cadáveres arroja.

-71

- CXCVIII -

Mas cuando alguno en nuestra mente queda,

cuando tenaz se enreda

al débil corazón, y en él dilata

su raíz, como hiedra trepadora,

entonces nos devora,

porque el triste recuerdo, o muere o mata.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

